

rece un héroe conquistador y guerrero que lleva por ministro único á su lado el odio tenaz é implacable. Mata sus rivales á manera que un carnicero las reses. Y como si el horror no se colmase todavía con esta matanza, decreta otra terrible y sañuda contra las pobres siervas de Penélope, que han flaqueado en su virtud y han caído en amores fáciles y livianos con los viciosos pretendientes, solicitadas por los reclamos de sus sentidos y vencidas por los vapores de su embriaguez. Al salir las pobres mujeres para ir al castigo con terror increíble, os dan escalofríos inenarrables. Lloran, gritan, claman, impetran, retorciéndose de horrorosa desesperación por las amenazas á sus jóvenes vidas, todavía esclarecidas por la esperanza y llenas con el deseo ardiente de vivir. Pero Ulises, en su implacable justicia, las constriñe á limpiar los pavimentos de sangre humana y recoger los miembros disyectos por la matanza y arrastrar los cadáveres fuera del palacio; y después de haber cumplido estos mandatos respecto de los mismos á quienes habían siquier fugazmente amado, las cuelga de las horcas y las deja, cruel, allí expuestas en sus restos á la injuria de todas las profanaciones y al hambre voraz de los buitres y los cuervos. Y este hombre, que tan lejos lleva el castigo y que por modo tan cruel consume estas matanzas horrosas, denominase allá en la lengua de los clásicos el perfecto modelo de la más acabada prudencia. Y mientras hace y dice tales horroses y cae tan bárbaramente sobre todos los que le han ofendido y maltratado, Minerva, en forma de golondrina, revolotea feliz alrededor y descende á murmu-

rar palabras sabias á sus oídos. Tales eran los tiempos de guerras aquellos, y las mujeres alzadas sobre sus crueldades y horroses aseméjase á esas aves que vuelan arriba y allende las tormentas, y, mientras nuestra baja tierra está envuelta en sudarios de nubes, contemplan frente á frente y con fijeza el sol de las alturas.

Pero, en cambio, dulcísimo el encuentro de los dos esposos. Las negras sombras del crimen y los asquerosos hedores del holocausto se han desvanecido; las víctimas de una justicia implacable han quedado enterradas; no resuenan los aires con el voceo infernal de orgías repugnantes ni asedian el hogar las pretensiones infames de corrompidos y embusteros amadores; Ulises recobra su juventud lozana, el aire majestuoso de su porte, la color sana de sus mejillas, la disposición completa de sus miembros, los nervudos brazos con que ha manejado toda su vida los instrumentos guerreros, y aquellos ojos, de los cuales bajaba sobre sus vasallos una especie de celestial autoridad, antes reconocida que impuesta. La nodriza despierta en este momento supremo á Penélope, dormida, y la reina de Ítaca no quiere darle crédito ninguno; tan habituada está la infeliz al dolor y al desengaño. Así resistese á reconocer al que tanto había en su corazón amado, y cuya imagen viva jamás se despintaba de sus ojos enamoradísimos. Lo ve, lo mira, lo reconoce, lo encuentra idéntico á la imagen impresa en su retina y guardada en su corazón; mas teme ficciones de los dioses enemigos, engañosas y alevés, que tiren á perderla para siempre, hacién-



dola claudicar en brazos de un hombre distinto de aquel á quien jurara fidelidad irrevocable y amor eterno. Telémaco, en su costumbre de tratar duramente á su madre, procediendo como si fuera esta su pupila, échala con audacia en rostro los justos y legítimos escrúpulos, nacidos todos ellos de las experiencias que aprendió Penélope allá en las mil celadas tendidas á su castidad y á su honor. Pero Ulises, enamorado de la esposa fiel que respondiera con tanto y tan desinteresado culto á su amor conyugal, trátala con el mayor cariño y la da señas por las cuales pueda venir en paz al reconocimiento de su persona. Indudablemente necesita Penélope un imperio sobrehumano en sí misma para no caer desprendida en brazos del hombre por cuyo recuerdo había dirigido á los cielos tantas y tan religiosas plegarias. Mas deseosa de cerciorarse y conservar hasta el fin la jurada fidelidad, á tanta costa sostenida, le pide señas del lecho nupcial, solamente por los dos cónyuges conocido y puesto allá en lugares del palacio no pisados por humana planta.

Entonces Ulises refiere todas las particularidades del tálamo. Estaba cortado en el tronco de secular olivo, é incrustaciones de oro y plata, entabladas por su propia mano, lo adornaban á una con esplendorosos ornamentos. Este olivo aun estaba en el campo patrio arraigado, y aun se nutrían sus raíces del campestre jugo. No de otra suerte las familias helénicas. Ellas provenían también de unas raíces hundidas en las entrañas del sepulcro y mezcladas con los nombres ilustres de

cien generaciones extintas. Por consecuencia, ningún objeto simbolizaba tanto la familia griega como estos árboles metidos en las entrañas de la tierra y animados por el calor y por el aire de los cielos. Al ver Penélope cómo describía el recién llegado aquellos objetos, que reservara ella de todos los humanos ojos en los fundamentos y abismos de su regio palacio, cae de rodillas como ante una divinidad á sus piés, y le reconoce así por su marido como por su monarca. Entonces el navegante, sabedor ya por los informes tomados en su metamorfosis, de las resistencias opuestas por Penélope á tantas asechanzas como la cercaran y afligieran, refiere, por su parte, los dolores sufridos y las luchas sustentadas hasta llegar al ingreso en su palacio, al seno de su matrimonio, al ara de su hogar. Pocas enseñanzas pueden hallarse de la consideración obtenida por las mujeres en Grecia como la que revelan estas inmortales personificaciones encontradas en ambos poemas helénicos. Las leyes, las instituciones, la religión misma, fundadas todas en el patriarcado antiguo, podían consagrar una especie de inferioridad en el sexo hermoso respecto del sexo fuerte. No comprendían los antiguos la familia, sino fundándola en el poder absoluto de un padre omnipotente. Y como no comprendían la familia de otro modo, condenaban la mujer á tutela sin remisión y sin remedio. Pero el arte, la ciencia, la poesía venían luégo, y encontrando en el corazón de las mujeres tanta inspiración, engrandecíanlas, vengándolas de la servidumbre increíble á que las condenaban los códigos y los Estados. Induda-



blemente de aquí proviene, de tal concepto, el que la mujer humillada en el Estado, y en la política, y en la legislación misma, se levantase á musa en el arte, á diosa en el Olimpo, revistiendo dentro de los primitivos poemas griegos, primera historia de aquella región incomparable, los caracteres hermosísimos que acabamos de considerar en Leucothea, en Penélope, en Nausicaa, en todas esas personificaciones de la fidelidad, y de la ternura, y de la virtud, las cuales, pasando como han pasado hasta nosotros envueltas en poesía, tienen ya en sus frentes el sello inextinguible de la inmortalidad impreso por las inspiraciones del genio.

De la poesía épica se derivaron las tragedias, y de la poesía épica se derivaron también las diosas con forma humana, que atrajeron por tanto tiempo el culto de los griegos y que permanecen adoradas todavía en las cimas del arte como apoteosis verdaderas de la mujer y de su influencia en el mundo. Hasta el poeta Homero en la religión clásica predominaba la naturaleza material sobre la humanidad, y desde Homero predomina la humanidad sobre la naturaleza. Los dioses pelásgicos, verdaderas fuerzas del universo, dejan la crisalididad material, donde se hallaban como envueltos, para trocarse á una en divinizaciónes varias del hombre y de la humana forma. Y como las armonías de nuestra organización se hallan en el cuerpo femenino, ó sea la hermosura perfecta y acabada, el poeta divinizó á la mujer en sus épicos exámetros y divinizó á la mujer el artista en sus mármoles pentélicos. Ya el arte arquitectónico se parecerá menos al

mundo exterior de lo que se asemejaba en todos los pueblos asiáticos. La línea, la geometría, el ritmo de las proporciones, las matemáticas, espirituales de suyo como verdaderas manifestaciones científicas, predominarán sobre las colosales copias y remedos de aquel mundo físico, bajo cuya inmensa pesadumbre desaparecía la humanidad. Esa eterna columna, que se asemejaba en el Asia y en el Egipto á las palmeras, aseméjase aquí al cuerpo armoniosísimo y gracioso de la ninfa helénica, la cual anima con su figura los bosquecillos y con su voz los aires. El bosque pelásgico, muy semejante á las selvas del celticismo halladas en los orígenes de los pueblos modernos, truécase, por un movimiento natural del humano espíritu, en estos templos rítmicos y matemáticos, brotados á una del alma humana como la geometría y como la música.

Olimpia, la sede maravillosa del paganismo, consagraba culto al divino matrimonio que preside todas las divinidades, erigiendo un templo á Júpiter y otro templo á Juno. Dos mujeres, de las más bellas entre las hijas de Grecia, urdían el velo que llevaba la diosa, renovándolo cada quinquenio. Y con la poesía propia de aquellos tiempos y de aquellos pueblos conducíanlo en procesión formada por coros, compuestos de jóvenes cantoras, que apercebían ofrendas de bien olientes flores, hasta el santo simulacro. En el estadio de los primeros tiempos veíase combatir á estas jóvenes, en guisa de amazonas, desnuda la espalda, tendido el cabello, para obtener tan sólo tosca pero amada corona de olivo. Así pudieron ver aquellos tiempos á la hermana



del espartano Agesilao correr y luchar en carro conducido por briosos caballos, y llevando en las manos una hierática y misteriosa lanza, parecida por su materia esplendente á un rayo del sol. Pero no sólo en Olimpia se profesaba este culto á la mujer bajo su personificación de Juno; profesábase también allá en la doria Samos. Bajo los sauces del Imbraso, en campos aromados por embriagadoras esencias, había nacido la diosa de las diosas, cuyo natalicio celebraban en procesiones y juegos sin fin las mujeres dorias, ceñidas con brazaletes los puños y los tobillos, con diademas las sienes. Pero si en Samos celebraban el nacimiento de Juno, celebraban en Argos sus divinas bodas. La tortuosa marcha del arroyo Eleuterio, la cima celeste de la montaña Eubea, veían aquellos hermosos sacrificios en que las ofrendas llegaban sobre carretas, á las cuales iban uncidos, como en los viejos tiempos sacros, dos bueyes blancos. Nada tan hermoso cual aquel santuario, donde se levantaba la diosa con las horas y las gracias esculpidas en su diadema, la granada nupcial en la mano derecha, sobre sus hombros guirnaldas de pámpanos, á sus plantas pieles de tigres y á su lado el pavo que lleva rica pedrería en su pintada cola, y que remeda, desplegándola como un abanico, los matices del iris.

Si Juno recibía culto en Olimpia, Samos y Argólida, recibíalo también Palas Minerva en Atenas. Aquella grande Acrópolis, que defendía la ciudad armoniosa y bella, resultaba el foco de todas las oraciones consagradas por los atenienses á su divina patrona. Representando ésta la ciencia y la gue-

rra con títulos iguales, á la sombra de sus templos y de sus santuarios veíanse lo mismo las estatuas de los héroes que las estatuas de los sabios. Por tal virtud el genio misterioso de la historia levantó allí el Partenón, ó sea el templo más armonioso y más duradero que hayan fabricado los hombres, todo él esculpido por cinceles, quienes, habiendo dado en día único de inspiración lo perfecto al mundo, se rompieron por siempre allí, quizás para que ningún otro pueblo pudiese presentar el privilegio de tales perfecciones. Aquella escalera de mármol péntico, aquellos pintados propíleos; la grande Acrópolis destinada indudablemente á defender Atenas más con su gracia que con su fuerza; el templo consagrado á la Victoria, desde cuyas puertas se descubren las palmas y las aguas de Salamina; Minerva con su *peplum* á la espalda y su lanza en la mano; el Paladión esclarecido por lampadarios de oro; las canéforas coronadas con canastillas de flores y entonando misteriosos versos de sus labios; el Partenón polícromo con sus columnas dóricas y sus bajo relieves acabados, con el Himeto al frente, con el Pentelio cerca, sus bajo relieves representando grupos jamás repetidos por ningún artista en aquella proporción ideal; próximos, muy próximos, Maratón y Platea, bien puede asegurarse que alrededor de la diosa gravitaba lo que más ha brillado en el arte y lo que más ha embellecido al planeta.

Si Juno recibía culto en Olimpia y Minerva en Atenas, recibíalo Diana en Efeso. Los antiguos habían reconocido en ella la hermandad con Apolo y



dádole así los atributos de la blanca luna. Miradla. Corre como el torrente despeñado en la montaña. Su corta túnica no le llega casi á la rodilla como la túnica de los jóvenes lacedemonios, y su manto pesa enrollado sobre la espalda como el manto de un cazador presuroso. Desnudos los brazos y desnudas las piernas, diríais que se ha bañado en los efluvios de la naturaleza. Fuertes sandalias la sirven para caminar por los bosques, y designan, como el arco en la mano y la corza junto á ella, los oficios de la caza. Diadema oriental corona su frente, y un carcaj con flechas numerosas cuelga de sus hombros. Las ninfas del Eurofas la cercan bailando vertiginosamente y haciendo sonar metálicos tímpanos. Las cimas del Parnaso prestan á sus altares sombras, y la Pitia, sacerdotisa de Apolo, expresa también allí sus oráculos. Mirad esta mujer con su túnica severa, su corona de laurel en la frente, su rama de olivo en la mano, la copa con agua de Castalia en los labios, la serpiente de las adivinaciones al lado, la caverna misteriosa exhalando vapores azulados, y decidme si no simboliza la confianza tenida por los antiguos en los misteriosos presentimientos de la mujer helénica. Y mientras la Pitia expresaba estos aspectos de la naturaleza femenina, expresaban otros como las embriagueces del placer aquellos coros de bacantes ébrias que iban gritando *¡Evoe! ¡Evoe!* por los campos llenos de racimos y olientes á recién pisado mosto.

Como Juno en Olimpia, Minerva en Atenas, Diana en Éfeso, recibe Ceres adoración en Eleusis. Diosa de la tierra, una tristeza enorme la sobreco-

ge. Diríase que representa la Dolorosa clásica. Símbolo de la siembra y de la humedad que la siembra necesita, compónenla así las sombras de la germinación como las lágrimas de la lluvia. El destino ha roto su poder y le ha robado Proserpina, predilecto fruto de su amor. Naturalmente, la semilla no puede germinar sino en las sombras, ni producir y granar sino en la luz. Y á consecuencia de todo esto, Proserpina pasará la mitad de su existencia en el verde campo, en la colina floreciente, á la sombra de los árboles, al borde fresco de los manantiales, y la otra mitad la pasará en los profundos abismos de las tinieblas indispensables á la germinación universal. Ceres quisiera evitar esto reteniendo Proserpina junto á sí, pero las leyes del universo han de cumplirse contra los dioses mismos, y Proserpina, en su descenso al infierno, hase comido un grano de granada que le ha presentado Plutón, y al compartir con él esta fruta nupcial, se ha juntado á él para siempre y ha compartido con él ¡ay! la mutua común suerte. He aquí, pues, de qué manera tan poética los antiguos representaban las transformaciones del universo, y cómo ciertas mujeres eran entonces y allí tipos imperecederos de las fases por que pasa la naturaleza y de las corrientes que toma nuestra vida.

Hemos visto la escultura en todo su esplendor pernosificando la mujer helena. Veamos ahora cómo la personifica y cómo la representa el teatro. Alrededor de un solo nombre, del nombre de Homero, se condensa la poesía épica, y tres nombres de reconocida inmortalidad representan la poesía



trágica en Grecia, Esquilo, Sófocles y Eurípides. Hemos visto la mujer en la religión, la hemos visto en el poema, la hemos visto en las artes plásticas, veámosla en el teatro. Bien podemos llamar á Esquilo el más sublime y el más rudo entre todos los antiguos trágicos. Sus mujeres formarán una especie de coro en algunas de sus tragedias y tendrán un carácter colectivo. Tales habrán de ser las oceánidas, que se levantan del mar en busca de Prometeo para consolarle con sus cadencias y con sus suspiros; las suplicantes que huyen á los abrazos de sus perseguidores, y otras varias que representan el carácter de las mujeres helénicas en varias y sucesivas manifestaciones. Pocos tipos tan curiosos como el presentado en Atosa, la madre sublime de Xerxes, que, nacida en grande imperio y para generatriz de sucesivos emperadores engendradora, pregunta quién reina en Atenas, porque no puede concebir ella ni explicarse un pueblo sin monarca, y menos todavía que haya ese pueblo vencido á los primeros monarcas del mundo. La tragedia donde más resalta el influjo de la mujer helénica, es la llamada *Orestia*, especie de trilogía. Están recientes las terribles luchas de griegos y troyanos. Al pie de Troya nació la epopeya, y al pie de Troya nacerá la tragedia. Clitemnestra es la mujer del rey Agamenón, y acaba de ver en lo alto de las montañas, sobre aquel picacho de Ida tan célebre, la hoguera que le anuncia el triunfo sobre Ilión. Dudan los viejos, escarmentados por sus tristes y desengañadoras experiencias, pero Clitemnestra cree la feliz nueva, y anunciando con ella la

vuelta de su esposo, encarece la fidelidad inquebrantable de antiguo guardada con empeño á su amor y á su nombre. Estos juramentos excesivos é inoportunos despiertan recelos y sospechas en el alma de Agamenón, que cree á la mujer más silenciosa y menos efusiva, según es de recatada y honesta. Así, cuando la esposa conjura sus esclavos para que tapicen de púrpura los caminos reservados al héroe vencedor, Agamenón muestra sus recelos rechazando tales obsequios reservados únicamente á los dioses.

El tipo de Clitemnestra, seguramente, ha sobrevivido á la vieja Grecia y pasado á las literaturas modernas. Por lo mismo que tanto se gloria de su fidelidad á la vuelta y regreso de su esposo, éste duda y teme conocer infidelidades antiguas y aguardar traiciones futuras. En efecto, conforme se acerca el rey á la mansión de sus padres, una gran tristeza cae sobre su alma y sobre las almas de aquellos que lo circundan, tristeza expresada muy admirablemente por el coro. Pero quien más recela de todos los objetos circunstantes y más siniestras profecías emite con verdadero dolor es Casandra, hija de Príamo, cautivada en Troya por el vencedor Agamenón y conducida en su propio carro de triunfo al palacio regio. En éste habitaron los Atridas, aquellos feroces príncipes que dieran en siniestro banquete las carnes de su hijo á un padre desdichado, y Casandra teme la reproducción de crímenes y tragedias semejantes por inflexibles decretos del hado. En efecto, Clitemnestra, perteneciente á esa raza de mujeres que perdió la



paz de Grecia con Helena, meditará un crimen y lo llevará con el rigor de la férrea fatalidad á efecto. Creída, tras diez años de ausencia, en el definitivo apartamiento de Agamenón, hase habituado así á reinar como á querer en detrimento de su monarca y de su esposo. Al venir éste de vuelta, no sólo interpone su nefasta sombra entre su persona y el tálamo feliz de su adulterio, sino entre sus ambiciones y el trono donde se había, por su mal, habituado á reinar. Víctima de tantas pasiones como la desgarran y la pierden, Clitemnestra no podrá, no, apaciguarla, sino por medio del crimen, y asesina con sus propias manos al infeliz esposo, al rey Agamenón.

El trono y el tálamo, que había éste venido á buscar desde Troya, quedan ocupados por la parricida y su amante feroz Egisto. Largo tiempo gozaran uno y otro del fruto de su crimen si en la tierra no hubiera justicia y en el Olimpo no habitaran los dioses. Pero Agamenón ha engendrado en Clitemnestra un hijo, y este hijo, el príncipe Orestes, al saber la infamia de su madre y la felicidad increíble de su padrastro, se dirige al palacio de los Atridas para sumar á un crimen otro crimen y añadir un hecho nefasto más á los terribles cometidos por su infeliz extirpe. Así, arrastrado por el destino, entra en la casa de sus padres y se dirige á la estancia nupcial donde han concebido los adúlteros y perpetrado la terrible hazaña. Egisto muere á manos de Orestes. Pero no se cree harto vengado todavía con esta muerte justísima. Quien mayormente cometiera el crimen, la esposa parricida y adúltera,

debe caer también inmolada por la justicia de su hijo. En vano Clitemnestra le recuerda cómo le ha nutrido en sus entrañas, y le ha lactado á sus pechos, y le ha puesto en los ojos el resplandor de la vida, en el corazón la llama del amor. Orestes cumple su destino y mata implacablemente á la esposa parricida y adúltera. Después las furias le perseguirán á él infundiéndole por todo su cuerpo la ponzoña del remordimiento. Pero se habrá cumplido una implacable justicia y se habrá visto cómo no queda sin su expiación correspondiente crimen alguno aquí en la tierra.

Estos tipos no son aquellos que vaciaron los escultores en oro y marfil, no son aquellos siquiera que pusieron los poetas épicos y órficos en sus correspondientes poemas. Son tipos más humanos, más cerca de nuestros eternos dolores y de nuestras irremediables desgracias. Del seno de la naturaleza va levantándose ya la humanidad. Pesa todavía sobre sus espaldas la inmensa pesadumbre del destino; pero sin aquella gravedad terrible con que pesaba en otro tiempo la inerte materia. Y que vamos entrando, conforme la civilización griega se va desenvolviendo, en la edad característica del hombre, de sus pasiones, de sus ideas, lo enseña esta gran tragedia que, tomada en las ruinas de Troya y en la prehistoria de Grecia, se dilata, reproduciéndose por medio de genios nuevos, en otros grandes tipos, cuyos dolores agitan á los filósofos de nuestras revoluciones y á los hijos de nuestros tiempos. He ahí el privilegio que ningún pueblo arrancará en lo sucesivo á Grecia. En sus artes, en sus ciencias, en